

ARQUITECTURA

ORGANO OFICIAL DE LA
SOCIEDAD CENTRAL DE
ARQUITECTOS.

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PRÍNCIPE, 16

AÑO IV

Madrid, junio de 1922.

NÚM. 38

SUMARIO

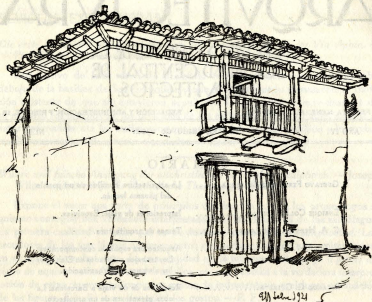
GUSTAVO FERNÁNDEZ BALBUENA.....	La arquitectura humilde de un pueblo del páramo leonés.
ENRIQUE COLÁS HONTAN.....	Impresiones de viaje: Esquivias.
C. A. HERRERA MAC LEAN.....	Temas de arquitectura.
V. Z.....	Arquitectura española contemporánea: Los trabajos realizados en Elche por los alumnos de Urbanización.
RICARDO G. GUERETA.....	Recuerdos de un viaje a Barcelona: La obra gigantesca de un arquitecto.
	Libros, revistas, periódicos.

La arquitectura humilde de un pueblo del páramo leonés

La meseta en que se asientan las ciudades, aldeas y campos de Castilla la Vieja y León queda encerrada, limitada — todos lo sabemos — por los Pirineos cantábricos al norte, que la separan de todas las Asturias; la cordillera Carpetana, al sur, forma la divisoria con Extremadura y Castilla la Nueva; al oeste, los montes de León se interponen entre esta provincia y las gallegas; al nordeste, los montes Ibéricos caracterizan principalmente la divisoria con la cuenca del Ebro.

Entre estos sistemas orográficos, definidos por altitudes que alcanzan cotas de 2.000 y aun más metros, se extiende la meseta, monótona, de relieve topográfico casi uniforme, formada en su mayor parte por terrenos de acarreo o diluviales, sometida a los rigores de un clima extremo, desprovista de vegetación y casi sin arbolado.

Los macizos montañosos que constituyen los límites de la meseta son a la vez base de una arquitectura rural distinta, lógicamente, de la que se desarrolla en la meseta, y que es al tiempo nexo entre ésta y la de las regiones limítrofes.



La zona noroeste de la meseta constitúyela la actual provincia de León, y el hecho de encerrar dentro de sus límites administrativos parte de la vertiente meridional de los Pirineos cantábricos y los montes de León de un lado, y de otro los despoblados páramos y dehesas comprendidos entre todo su sistema fluvial, convierte a esta provincia en una síntesis de caracteres geográficos, étnicos, y, por tanto arquitectónicos, diversos.

Los Pirineos cantábricos, al desenvolver sus relieves violentos hacia las cotas mínimas de la meseta leonesa, lo hacen por medio de contrafuertes montañosos, que entre sí forman cuencas hidrográficas de importancia progresiva, a medida que se van abriendo, ensanchando, haciéndose castellanas.

En estas cuencas nacen los arroyos que alimentarán después a los ríos Cea y Luna, Bernesga y Torío, Curueño y Porma, que irán reuniendo sus aguas para acaudalar al Orbigo y al Esla, afluentes importantes, después de unidos en la provincia de Zamora, del padre Duero.

Entre el Esla y el Orbigo, una altiplanicie esteparia, típica como pocas, áspera como ninguna otra de las mesetas castellanas: es el páramo leonés. Se suceden dentro de él interminables las tierras de pan llevar, tal cual valle que apenas dejó de ser cárcava, y en él un pueblo y unos chopos; luego, nada.

Al norte, en cambio, los valles meridionales de la divisoria cantábrica ofrecen aspecto diferente, y así, son en ellos abundantes los bosques de hayas y robledas,

los castaños y alerces, abedules y olmos...; los prados eternamente verdes, rodeados de chopos, y, bordeando los regatos, mimbreras y madre selvas.

Maravillan los contrastes violentos que se producen en tan relativamente reducidas extensiones de terreno, y así no es frecuente, dentro de una provincia, poder ofrecer tipos tan contradictorios como lo son, de costumbres y hechos, un montañés y un ribereño, un hombre del páramo y uno maragato; son vecinos por la proximidad de las tierras que habitan, antipodas por todo lo demás.

Y así también los pueblos de cada una de estas regiones, reflejando tanta variedad de carácter y de tierra, son varios y tan diferentes que parece existir entre ellos una distancia inmensurable.

Y frente al pueblo montañés — Susaño —, recostado en una eminencia, ya en la raya de Asturias, pero aun en León, rodeado de prados numerosos, vegetación abundante y espléndida, arroyos en las callejas, casas de mampostería y pizarra, pueblo ganadero, se opone el pueblo de la estepa, de tierra, seco y polvoriento, hundido en el valle estéril, dedicado al cultivo de los cereales y del vino.

Y al pueblo ribereño, casi montañés, del río Luna, bronco y bravo, impetuoso y de cauce retorcido por muy joven aun y no castigado por el andar, se opone aquel otro de ribera ya hecha, de vega franca y abierta, que se asienta junto al Porma cuando se une al Esla: Villaverde de Sandoval, cuyo conjunto es infotografiable, porque los sotos ocultan sus casas; los huertos y los prados que limitan sus caminos y callejas se suceden continuamente cortando todas las perspectivas.

Y viniendo al detalle concreto, vemos las chozas cubiertas de paja, los pachizos de Susaño contruidos de piedra basta y casi sin labrar, hermanos de las casas gallegas inmediatas, de las brañas asturianas, en que viven los vaqueiros de alzada, en la vertiente opuesta, al otro lado del Puerto de Leitariegos.

En toda la zona montañesa de la provincia de León, desde Galicia a Santander, se encuentra a menudo la casa de planta cerrada, sin patio, con portalón o zaguán que se abre al exterior por medio de un pomposo arco de medio punto, casa contruida con lajas de piedra, techada con lastras de pizarra, sujeta y bien presa con pedruscos enormes. Y no falta aquel otro tipo de casa rural que tiene su entrada desde el camino carretero, y a su espalda el huerto y los corrales y las cuadras; casa con galería en el piso alto, soportal bajo ella en la primera crujía, y en la segunda, y amparada del mal tiempo por aquél, el comercio del pueblo, que es estanco, tienda de comestibles, zapatería a veces, herrería otras; tipo extendido en toda la provincia leonesa y en las limítrofes. Así esta casita del páramo, contruidos con tapiales de barro sus muros, entramado de madera su pretencioso mirador o solanita, y estas otras de Oviedo, que están condenadas a morir por un acuerdo municipal, si es que ya no fueron derribadas.

En Villaverde de Sandoval, anejas al monasterio, influidas por la arquitectura de uno de sus patios, ya desaparecido, dos casas de piedra, aparejadas con esmero, una de ellas la rectoral, recuerdan las de la montaña santanderina, con su solemne solana, su pórtico en arquería, y que son, de entre los ejemplos numerosos que podríamos encontrar en toda la montaña de León, los casos más alejados del núcleo originario.

Cerrando el cuadro esquemático de la arquitectura rural leonesa que trazan estos ejemplos, tan ligeramente apuntados, las casas de tierra y algunas más excepcionales de fábrica de ladrillo al descubierto llagueado de blanco que se edifican bajo la influencia de la arquitectura de ladrillo románica y mudéjar de las iglesias de Sahagún, San Tirso y San Lorenzo, y de las de Valencia de Don Juan, siempre dentro de la provincia leonesa, que ofrecen al descubierto los secretos de su esqueleto de tapial de barro por la acción eficaz e irónica de los agentes exteriores que hicieron desaparecer la protección de ladrillo.

Por las casas de barro es León un pedazo inseparable e inconfundible de la vieja Castilla, que así lo afirman, por ejemplo — las pruebas podrían ser inacabables —, las calles de Villalón, en la provincia de Valladolid: casas en voladizo, sobre estructuras de madera; casas de labrador acomodado, casas ciudadanas.

* * *

Hay en León, en la capital, una plaza: la del Mercado. Quizás haya otras de mayor valor pintoresco; pero, para mí, ninguna tan sugeridora, ninguna tan saturada del espíritu regional. En esta plaza está la casa de barro sobre soportal entramado de madera; está también la casita de ladrillo sobre arquería de piedra, también aporticada, y está, por último, resumida la geografía leonesa en la fuente central, que es un símbolo: dos niños, el Bernesga y el Torio, esa fué la intención del que concibió la fuentecita, abrazan, comprenden todos los campos leoneses: sus vegas y sus páramos.

* * *

El propósito mío hoy es comentar un poco detalladamente la arquitectura aldeana de un pueblo del páramo leonés. He elegido el más humilde de todos los pueblos parameses. Me interesaron por igual el pueblo y el paisaje, los hombres que lo avaloran y las casas que construyeron, y, más que todo eso, me interesaron las cuevas de arcilla, en las que aun elaboran sus vinos.

ARDONCINO

Lugar agregado al Municipio de Chozas de Abajo, partido judicial de León.

Díce Gracián en el párrafo último del primer XIX de *El héroe*: «No es menester arte donde basta la Naturaleza. Sobre la afectación donde basta el descuido.»

En el camino de León a La Bañeza, en un casi vallecico oculto, está emplazado Ardoncino. Avanza el camino por la meseta adelante, va hacia el páramo, húndese de pronto, cruza un pueblo, una aldea más bien, alcanza luego otra vez el alto, y ya Ardoncino no se ve.

■ Sus casas no se agrupan cerradamente unas en torno de las otras; comienzan a deshilar cuando termina el valle de Valdovidos, y van así, a lo largo de su cauce seco, a terminar el pueblo cuando empieza el valle de Prado Redondo, un poco antes de cruzarse éste con el de Solasviñas, allí donde comienzan las tierras de la Sadoniza: así son de sonoros y rotundos los nombres de los lugares de este pueblecito.

Unos alcores rojos, agrios y ásperos, pedregosos, limitan su término; se llaman: Cuesto Palacio, El Bago de la Villa, Las Eras, El Castillo o El Cementerio, Las Lengueras, El Bogalón.

Si buscásemos los antecedentes históricos de este pueblecito, es seguro que apenas pudiéramos hallar de él otra cosa que su nombre, y, aun esto, con grande dificultad: he ahí su mejor, su más interesante aspecto. Ardoncino no tiene historia de hechos notables, participación resonante o heroica en la marcha de los tiempos idos, muertos, y siendo, como es, un pueblo viejo, un pueblo que ha vivido ya varios siglos, tuvo la virtud de apartarse constantemente de la vida ruidosa.

En parte alguna puede haber tanta quietud, tanto sosiego: sede del silencio es esta aldea adusta, ruda y humilde; ayúdale a conseguir tal eminente categoría su paisaje amplio y recio, de horizontes interminables, de matices incoercibles, innúmeros; sin términos primeros ni lejanías gradualmente ponderadas, sin ninguno de los factores estéticos de la Academia. Cabe en este ambiente espaciar de tal modo las sensaciones, que nunca hay lugar a pasar de una a otra sin haber apurado hasta el agotamiento total la primera; y es así tan normal la vida, tan lenta y fecunda, que jamás se siente la fatiga. Aquí, como en «el aldea» de fray Antonio de Guevara, «ay tiempo para leer un libro; para rezar unas horas; para oír misa en la iglesia; para ir a visitar a los enfermos; para irse a cazar a los campos; para holgarse con los amigos; para pasear por las eras; para ir a ver el ganado; para comer, si quisieren, temprano; para jugar un rato al triunfo; para dormir la siesta, y aun para jugar a la ballesta».

■ En Valdovidos y Prado Redondo, en Solasviñas, también, interrumpen la aspereza de la tierra roja cuatro arbolitos: paleras copudas de tronco despanzurado y fibroso; chopos estirados delgadines, de hojas plateadas; álamos blancos de hoja temblorosa y vibrante; negrillos averdugados, retorcidos y bravos, barrocos y recios; pradezuolos sedientos en los valles, y tras los tapiales de barro de las cercas, los huertos miserables, estériles, con sus norias para elevar el agua, cuando es el amo de caudales; con cigüeñales, que ellos llaman, cuando es menos poderoso; sin más agua que la lluvia, cuando es un *probe* el dueño.

Los aldeanos habitantes de este pueblecito gastan aún la capa parda, rígida y enérgica, de los buenos tiempos independientes en que el aldeano tenía, frente al señor poderoso y dominante, un gesto gallardo y bravo de igualdad; también quedan los sombreros amplios, duros, acartonados, que parecen tallas en ébano; no faltan viejos que usan pantalón de trampa, y haciéndoles pareja, la aldeana lleva *rodaos rojos*, verdes, con franjas negras, tan brillantes unas y otras, tan secas y recias de línea, de color tan intenso y entero, que parecen porcelanas esmaltadas; y la media blanca y el zapato con bordado, y el chapín con la almadreña labrada,

que se compra en la feria de León por Todos los Santos, por San Froilán o en la romería de la Virgen del Camino.

La envergadura de estos hombres, castellana es; castellanos son sus tópicos de lenguaje y sus costumbres; mas todo epidérmico, sin raigambres fundamentales, profundas. Queda de la raza desaparecida y muerta en toda Castilla lo puramente formal y externo, lo allegadizo, hábito heredado de decir, modo superficial de aparentar independencia y seca dignidad, pero no otra cosa.

En esta aldea tan vecina del páramo leonés, que es casi su comienzo, no hay casas hidalgas; tampoco piedras heráldicas agarradas a sus fachadas de barro, ni pretenciosas solanas, ni aleros o «alares» fanfarrones, eruditos: es un pueblo eminentemente rural, típico, adusto y hermético, de condición solitaria y huraña.

Es tanta la modestia de Ardoncino, que este pueblecito del valle carece de plaza, no tiene Casa Consistorial, tampoco fuenteillas reidoras; cuando al salir de oír misa o de rezar el rosario, y a la voz del «pedáneo»: «¡Que se detengan los vecinos!», han de reunirse éstos en «Concejo», para dilucidar y resolver las graves cuestiones municipales o de común interés, han de hacerlo en el atrio de su humilde iglesia, o a la entrada de ella, en medio del camino «carval», al pie de sus casas de barro o al socaire y húmedo frescor de sus cuevas para el vino.

Carecen sus callejas de losas grandes que las empedren; no hay en ellas musgo ni casi zarzas que amenicen su trazado; es este pueblecito tan seriamente de barro, que de barro son sus casas, las tapias que encierran sus huertos y sus prados, el firme de las calzadas de sus caminos muertos y callejas, las cuevas que guardan sus vinos, y las paneras que conservan los granos de sus cosechas...; hasta la torre de su iglesia es en su mayor parte de barro, y los bardales de las cercas, de tapines de barro musgoso son y han de adobarse con barro de vez en vez.

Fué esta aldea en tiempos aun no lejanos rica y burguesa; su riqueza vinícola era extraordinaria. Un mal día amarillearon las cepas, agostáronse sus pámpanos, terminaron por no moverse los «barcillares»; habían muerto víctimas de la filoxera. Hoy, en Ardoncino, ya no hay juventud, casi no hay «mozos», y las «mozas» llegan a contarse con los dedos de la mano; los hombres van emigrando lentamente, desaparecen; van a las minas, van a América, quizás no vuelvan. Cuando hayan pasado unos años, las casas estarán solitarias; en esta aldeíta no habrá hombres ni mujeres, y las casas se irán disolviendo en la violenta lluvia del invierno, y las cercas de sus huertos y sus prados desaparecerán roídas por la helada, que esta fué la suerte del pueblo vecino y hermano, Conforcos.

Los tapiales de barro. — Su técnica

En tiempo de otoño, después de echadas las vendimias y acabadas las labores del vino, se amontonan las tierras, que han de ser centenales, un poco síliceas, sin demasía. Se amontonan en «ringleras», como para formar un «parvón», de modo que no resulte mucha la masa amontonada, para que llegue bien *adrento* el *tempero* para que *cuezcan*. Caen sobre la tierra así preparada las heladas del invier-

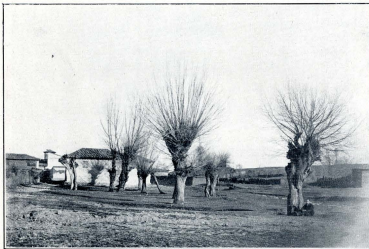


LEÓN. — LA PLAZA DEL MERCADO.



ARDONCINO. — VISTA GENERAL.

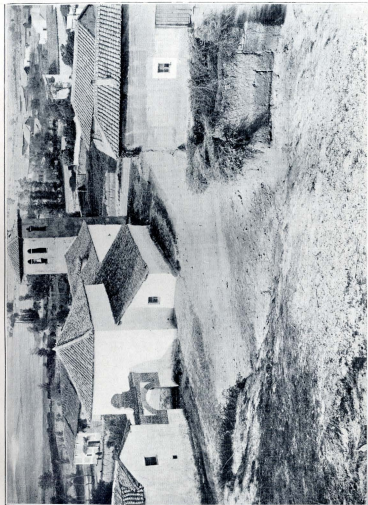
Fot. G. Fernández Balbuena.



ARDONCINO. — LAS PALERAS.

Fot. G. Fernández Balbuena.





ARDÓN. — LA IGLESIA.

Fot. G. Fernández Balbuena.





ARDONCINO. — PÓRTICO DE LA IGLESIA.

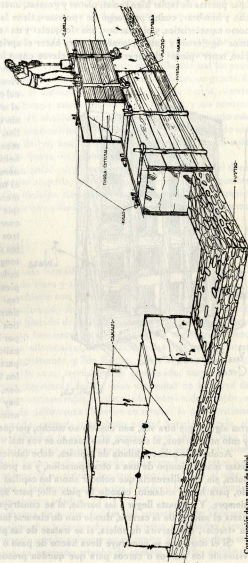
Fot. G. Fernández Balbuena.



no, las lluvias y nieves; luego, en los días transparentes y claros, días diáfanos, azules, típicos de la meseta, el sol deslie los hielos y se pasan las tierras, que se van esponjando, soltando, aireando, muriendo, porque pierden la fertilidad con el continuo remover a que las someten los aldeanos, y conviene a la buena técnica de la *tapería* que pase un año entero antes de meter la tierra entre las *puertas de tapiar*. «Más vale que se pierda un hombre, que no una costumbre», y por olvidar la costumbre de cocer las tierras destinadas a la «tapería», no tienen los tapiales de ahora aquel buen *apriete* de antes, cuando no eran en ellos frecuentes las *resqueizas* que afean los actuales y era ejemplar el «lustre» de la «tapería».

Un buen muro de tapiales de barro ha de levantarse sobre un excelente *puntido*. Para ello son precisos muy escogidos cantos rodados, limpios, grandes y con caras planas, una al menos, para que queden al aire; más menudos «sonces» y desiguales para el relleno del *puntido*.

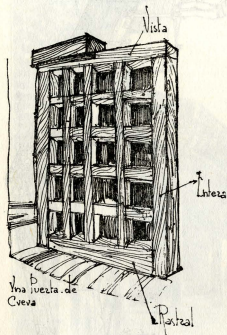
Exige la técnica de la «tapería» disponer de un buen «armaje» completo;



Construcción de un muro de espal.

ARQUITECTURA

unas puertas de tapiar bien recias, planas y gruesas; unas «cepillas arregladas», «macho y hembra», cuatro por juego de «puertas»; tiene la «hembra» dos «forquetas» como característica, y el «macho», una «forqueta» y un «espigo»; también precisanse unos «agujeros» y unos «pisones», y para hacer el apriete del armaje útil será preciso tener «pinas» de negrilla secas y clavos como los de antes, de *bellote*, en



buen número, que no falten. Hecho el cimiento de canto y cal o de barro y canto, se monta el armaje sobre la tierra misma, sin usar por esta vez las capillas, y una vez acunadas firmemente las puertas por sus pies, habiéndose evitado así que *abran* y se desbarate la obra, el tapiador dispone cuidadosamente los «cantos del puntido», que ha de tener, a lo menos, cuarenta o cincuenta centímetros de alto, unos cantos encima de otros, bien trabados por tongadas horizontales; y alcanzado el nivel necesario, se empieza a volcar entre las «puertas» y sobre el «puntido» la tierra preparada, según la práctica dicha, y se apisona recio y por menudo, que la tapería de calidad quiere ir muy pisada, y para esto es preciso cuidar de los tapiadores *que no se embo-ben*, que para ser buen tapiador hay que tener brazos duros y *mucho empuje*. Se riegan las tie-

rras alguna que otra vez, aun cuando no mucho, porque puede embarrarse la masa y esto no conviene, ni siempre, sino cuando se vea mal «atemperada» la tierra.

Acabada la primera hilada de tapiales, debe fabricarse la segunda, no dejando pasar mucho tiempo de una a otra operación, y se procede del mismo modo que antes, sin más diferencia que colocar ahora las capillas sobre el tapial ya construido, para hacer andamio, cuando lo pida ello; para apoyar las puertas de tapiar, siempre. Y así hasta llegar a las bardas, si se construye un muro de cerramiento; hasta el asiento de la carrera, donde han de clavarse las *cabezuelas* o canes y luego la «tercia», que servirá de solera, si se tratase de las paredes de una casa.

Si el muro que se construye lleva hueco de paso o luces, hay que colocar previamente los marcos o cercos para que queden presos y recibidos, cuidando de

aplomarlos bien, particularmente los de paso, que, por ser mayores, acusan más claramente los «desavíos», y conviene, al montarlos, escuadrar con esmero la viga «rastral» con las «enteras», y éstas con la «vista».

Generalmente, en Arduncino quedan los muros contruidos con tapiales al descubierto, sin enfoscar ni revocar; pero no es siempre. En la buena época, los tapiales al tiempo de construirse se revocaban, jarreando para ello con cal las puertas de tapiar, de modo que quedasen bien cubiertas de material, con un grueso de tres o cuatro centímetros, y así, al verificarse el apisonado de las tierras, apretábanse contra la mezcla, y a un tiempo mismo fraguaban los tapiales y sus revocos, resultando éstos consistentes y de una dureza extraordinaria. Hoy día, cuando más, se revoca una faja de cuarenta centímetros, haciendo el marco al hueco, y de esta faja arrancan los constructores de hoy unas líneas absurdas que terminan en volutas rudimentarias, graciosas, en fuerza de incoherencia e ingenuidad.

Otros, acaso más enterados, *quizás de formación más compleja*, hacen el decorado más geométrico, con mayor simetría, en fajas de gruesos diferentes que terminan redondeadas en medios círculos. Aun cuando no frecuentes, se dan también ejemplos de tapiales adarajados con pilares de fábrica de ladrillo como refuerzo.

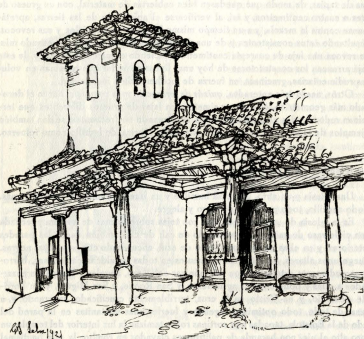
La iglesia y casa parroquial

Una iglesia y un atrio, una casa humilde y un huerto diminuto; y no hay más. Todo sencillo, todo pulcro, todo claro y alegre.

Es la iglesia de una nave cubierta con tejas sobre formas de madera y techada con cielo raso de cañizo, embadurnado de cal; de cal también dadas las paredes interiores, y en ellas un zócalo pintado de azul, encuadrado con unas rayas negras. Luego unos altares, de estos tan frecuentes en todas las aldeas castellanas, barrocos, crudamente estofados, con salomónicas columnas, ángeles y pámpanos enzarzados a ellas y polieromados agriamente, y San Roque, y San Miguel, y un horrible demonio, y un Cristo en la cruz, terriblemente crucificado, sangrando; y, a pesar de todo, todo optimista, ingenuo y fuerte; unas ventanitas en la pared del lado de la Epístola, tapadas con cortinas rojas, tamizan la luz interior del templo; un coro alto al pie, con baranda de palitroques clavados en rombo; la pila bautismal debajo del coro, fuerte y amplia, rotunda y opulenta piedra horadada; todo, sin antecedentes arqueológicos definidos de un modo preciso, muy aldeano, muy de antes y completamente actual, tan vivo y pintoresco como si de ahora y de siempre estuviese así concebida la forma, y de este modo casi eterno, dispuestos templo y santos, muebles y hombres. Y es el todo tan armónico, que hasta *el olor* es característico: un poco a cera e incienso, y otro poco a varón y hembra, aldeanos, paño, tomillo, humo de sarmientos y cuadra.

Sobre unos trozos de columna de piedra, traídas del monasterio de Villaverde de Sandoval, unos rollizos alineados y coronados con zapatas moldeadas forman el pórtico y sostienen la viguería que lo cubre; y en el centro de este pórtico, más alto, un cuerpo cubierto con un pequeño artesón de madera, labrado, quizás del

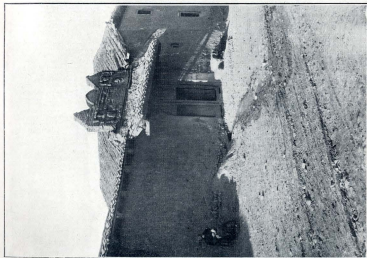
siglo XVII, acusando influencias de otros análogos y más característicos de la región leonesa — el pórtico, empedrado de rajuela y canto rodado, unos bancos de fábrica y barro al cobijo de éste para esperar los vecinos la hora de la misa en tiempo de lluvia —. Éntrase al atrio por dos arcos de ladrillo, al descubierto sus fábricas, y a un lado y al otro de uno de ellos, dos cruces macabras y tétricas, di-



Ardeneine. — El pórtico de la iglesia.

bujadas con calaveras, empotradas en la fábrica de barro. Los rapaces del pueblo, a cantazos, las hicieron, en parte, desaparecer, y hoy los cuencos vacíos de los cráneos rotos hacen aún más fúnebre el signo religioso.

La traza exterior de la iglesia es ingenua y simple, aldeana; parece la obra de un hombre primitivo; parece compuesta con los prismas y pirámides de madera de un juego de arquitectura infantil, simplemente unidos unos a otros, sin preocupación científica, sin teoría. Agrupadas unas dependencias a las otras, tal como están, porque así convino, no se previeron los efectos de perspectiva, ni se valoraron las masas para proporcionarlas, ni nada de esto fué condicional antecedente al cons-



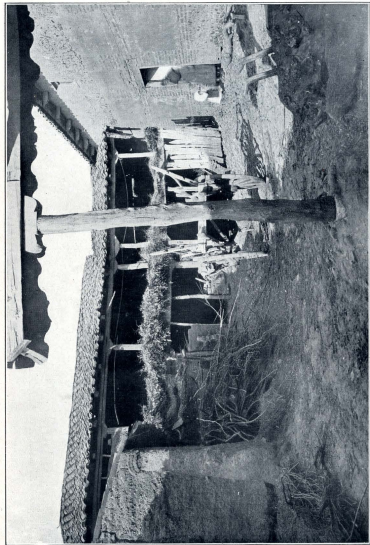
VADIVIMBE. — UN TEJAROZ.



ARDONCINO. — UN PATIO.

Fots. G. Fernández Balbuena.

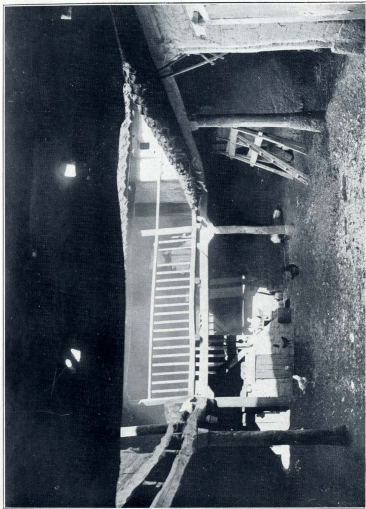




ARDONCINGO. — UN PATIO

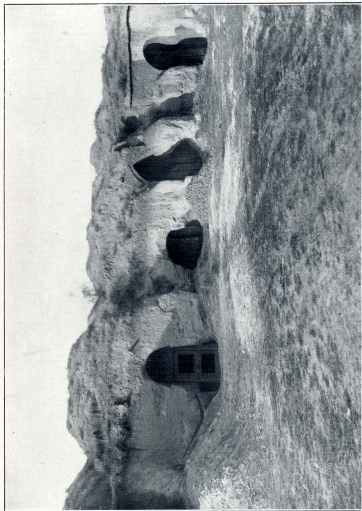
Fot. G. Fernández Balbuena





ARDORCINO. — UN PATIO.

Fot. G. Fernández Balbuena.



ARDONCINO. - CUEVAS.

Fot. G. Fernández Balbuena.

truir la iglesia, porque nada de ello interesaba; pero todo, sin embargo, fué conseguido, *todo les fué dado por añadidura*.

Primero, la torre de la iglesia, alta y ventruda, coronada con un triple alero de madera, ruinoso y despintado: torre de carácter mixto, municipal y religioso, cárcel y campanario a la vez, sirve todas las necesidades de la aldea. Convocan sus campanas al Concejo de vecinos; cuando ha de echarse la *becera*, o han de variarse los pastos, o dar principio a la vendimia, o sortearse las eras; tocan a rebato en los casos de alarma, al declararse un fuego, cuando hay nube:

«Tente nube,
tente tú,
que Dios puede
más que tú.»

cantan reiteradamente las campanas en lo más recio de la tempestad, y también alborotan las campanas de la torre al acampar en los prados del valle la tropa astrosa de gitanos.

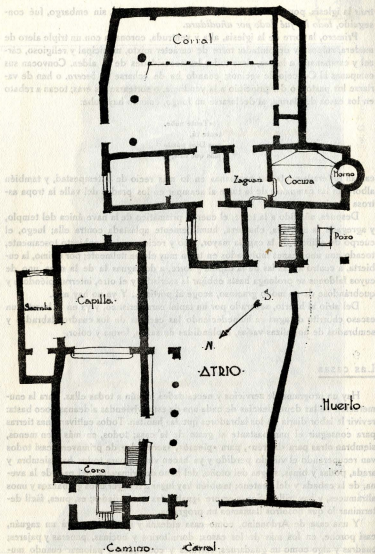
Después, añadido a la torre, el cuerpo prismático de la nave única del templo, y agregada la sacristía, chaparra, humildemente aplastada contra ella; luego, el cuerpo de edificio de la capilla mayor, albo y recio, macizo, enhiesto toscamente, tocado con unos canes moldeados en talón muy elementalmente; por último, la cubierta, a cuatro aguas las de la capilla y torre, a dos aguas la de la nave, uno de cuyos faldones se prolonga hasta cobijar la sacristía, y el otro, interrumpiéndose y quebrándose de un modo gracioso, acoge al pórtico... Y ya no hay más.

Del atrio al huerto, separado por un tapial característico, y ya en el huerto, un escaso chorrito de agua va humedeciendo las caceras de los cuadros labrados y sembrados de hortalizas varias, espléndidas de sazón, forma y color.

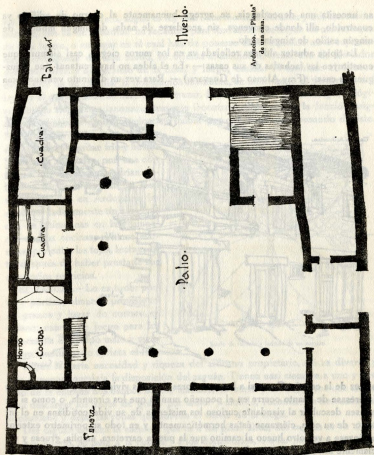
Las casas

Hay un programa de servicios y necesidades común a todas ellas. Para la enumeración de las dependencias de cada una de estas viviendas aldeanas poco basta: revivir la labor diaria de los labradores que las habitan. Todos cultivan unas tierras para conseguir el pan bastante al gasto de la casa; todos, en más o en menos, siembran otras para «herrén», para «pienso», «seruendo» de primavera; casi todos van recuperando el viñedo perdido y ya hacen vino...; para todos hay siembra y arada, podas y binas, siegas del otoño, del heno de primavera, del pan, de la avena, de la cebada y del centeno; también hay lugar a recoger unos garbanzos y unos altramuces, y hay trilla... Son siempre iguales las necesidades; es, pues, fácil determinar lo que nosotros llamamos un programa.

Y una casa de Ardoncino, como casa aldeana y humilde, tendrá un zaguán, casi porche, en los más de los casos; dormitorios y cocinas, paneras y pajares; cuadras y algo como un guadarnés; corrales y cochiqueras; palomar cuando mucho, siempre gallinero.



Ardancino. — Planta de la iglesia y de una casa.



Ardoncino. — Planta
de una casa.

Después, los elementos de distribución y enlace que diría uno de nosotros, los patios, los corredores y solanas, un huerto para cultivar hortalizas y patatas.

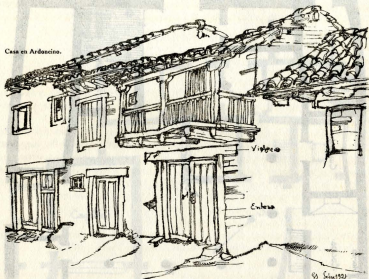
Difficil agrupar las casas de Ardoncino por caracteres que las hermanen o establezcan diferencias esenciales entre ellas; difícil deducir un trazado sistemático, verdaderamente característico, y, sin embargo, pocas piezas de arquitectura definirán tan fiel y exactamente al pueblo que las crea y traza. Cada una de ellas está trazada arbitrariamente, sin preocupación, con ignorancia; poseen el encanto de lo espontáneo y sencillo, de lo concebido sin esfuerzo y trazado sin dolor. Cuando

ARQUITECTURA

se necesita una dependencia, se agrega buenamente al cuerpo de edificio ya construido, allí donde convenga, sin acordarse de nada, de ningún modelo, de ningún estilo, de ningún siglo...

La típica adustez aldeana reflejada va en los muros ciegos, casi siempre, que constituyen las fachadas de sus casas — «En el aldea no hay ventanas que sojuzguen tu casa.» (Fray Alonso de Guevara.) —. Rara vez un diminuto ventano toma

Casa en Ardascino.



su luz de la calleja. Como si a los moradores de estas viviendas de barro nada les interesase de cuanto ocurre en el pequeño mundo que los circunda, o como si temiesen descubrir al viandante curioso los misterios de su vida cotidiana en el interior de su casa, ciérranse éstas herméticamente, y en todo su perímetro exterior alcánzase a ver otro hueco al camino que la puerta carretera, amplia, gruesa y reciamente armada y claveteada con herrajes ya antiguos, allegados Dios sabe de dónde y cómo. Alguna que otra vez esta puerta lleva en sí otra más pequeña, para dar paso a los peatones y así dejar entrever las entrañas de la vivienda no más que lo imprescindible. Cuando en las épocas propicias, primavera, otoño y canícula, han de almacenarse los henos ya secos o la paja trillada, ábrese un hueco al pajar, bocarón que luego cuidadosamente se cierra con adobes, barro y paja mezclados. La disposición interior, siempre caprichosa y arbitraria, según necesidad o particular gusto del que fabrica la casa, que es al mismo tiempo quien luego ha de vivirla. El aldeano utiliza los elementos de arquitectura que ve en sus andanzas, según su limitada necesidad de momento, sin apurar los temas ni desarrollar-

los de un modo completo, según es ley entre los técnicos del arte; y así, una solana interior, que ha de constituir un secadero para los frutos que hayan de conservarse de esta forma, o un lugar en el cual han de ponerse al sol aquellos otros cuya madurez consiguiese de este modo, se orienta al mediodía, forma uno de los lados del patio interior de servicio de la casa, y luego, cuando al terminar el terreno disponible ha de cambiar la orientación favorable, se interrumpe el desarrollo del tema y el patio queda incompleto de trazar. Para un erudito, sin embargo, la lógica estética aldeana es inconscientemente incontrovertible; acabó la función asignada al elemento arquitectónico; no había por qué continuar abusando de éste. Para curar la matanza en tiempo de invierno, necesitan frío y humo. Si éste se evacuase por una chimenea adecuada, no podrían utilizarlo; hay que impedir su fácil marcha, y así, en Ardoncino las casas verdaderamente típicas carecen de chimeneas en las campanas de sus cocinas; el humo marcha por entre las tejas, lentamente, después de haber prestado sus necesarios servicios.

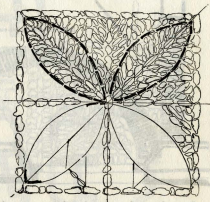
EL ZAGUÁN. — Lo es todo: portal y pórtico, almacén provisional de granos y lugar de costura en verano; cuarto de juego para los rapaces en el tiempo malo y mentidero familiar si no aprieta el frío.

Según la varia necesidad y riqueza del aldeano propietario, así es diversa y más o menos compleja la disposición del zaguán. Tienen casi siempre a uno y otro lado de la entrada dos bancos largos, macizos, de barro y adobe, poyos que sirven para descargar los sacos de grano por moler y molido, recontar las herramientas si conviene y dejar las ropas que sobren al volver de la siega.

Del zaguán arranca la escalera que va a los pisos altos; del zaguán se va al patio y al huerto, se pasa a la cocina y a los dormitorios, o a las paneras, y en algunos se deja el carro a la sombra para que no se aflojen las maderas.

Cuando el zaguán tiene importancia, su suelo se empedra de rajuela, de morrillo y ladrillo colocado a sardinel, formando dibujos geométricos; cuando no, el pavimento es de tierra; casi nunca se encalizan los techos, y así se dejan al descubierto las vigas de chopo, mal escuadradas, que forman su estructura.

LA COCINA. — Pieza fundamental: en ella transcurre lo más del tiempo de la vida aldeana. Generalmente, amplia, rectangular, a teja vana. Sobre los pares de la armadura, manojos de sarmientos entre aquéllos y las tejas; la cocina, propiamente dicha, bajo una campana, formada por maderos ya culotados por el humo, negros, brillantes.



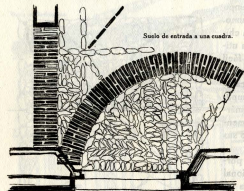
Suelo de rajuela y ladrillo de un zaguán.

El hogar, situado sobre una plataforma de barro, unos centímetros más elevado que el suelo de la habitación, con *morillos* para contener el fuego, trébedes para colocar los pucheros y *pregancias* de donde colgar las calderas.

A uno y otro lado del fuego, los «escaños», espléndidos, muy amplios, grandes y anchos — que a veces convendrá dormir en ellos —, de madera ensamblada, muy toscamente tallados en alguna ocasión.

A un extremo de la cocina, dentro de ella en algunos casos, parte fuera de ella en otros, el «horno» para cocer pan, construido con el eterno material de barro y

adobe, de forma cilíndrica siempre, abovedado con una media esfera en la mayoría de los ejemplos.



Suelo de entrada a una cuadra.

LOS PATIOS. — Al patio dan las cuadras, naves rectangulares, con pesebres muy rústicos, de madera entramada, con pavimentos empedrados de morrillo, comunicadas con el pajar directamente por el techo; con el patio también comunican corrales y cochinerías; en el patio, y bajo el pórtico formado por su galería única, en la mayoría de los casos, al mediodía,

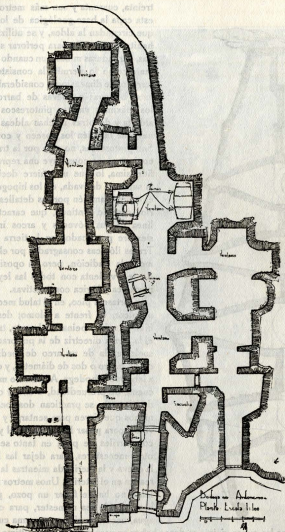
se alinean los arados, se cuelgan los yugos y sobeos de uncir la «pareja», «los tiros» y «colleras» de enganchar el macho; se ata el perro durante el día; se tiene la pila con agua para las gallinas; si es industrioso el aldeano, hay un banco carpintero y una horma para remendar el calzado — que en este pueblo humilde, como en casi todos los pueblos españoles, ha de bastarse uno mismo —; también en la solana del patio y sobre el pórtico «el ama» hilará la lana de las ovejas de su misérrimo rebaño, en los días claros del invierno, cuando hay sol y caen heladas «negras».

En algunos patios utilizase la parte alta de la solana para almacenar sarmientos de vid, ramos de roble o encina, manojos de zarzamora, única leña disponible, en muy escasa cantidad, durante el invierno.

Y, por último, en los postes del entramado del pórtico, se clavan argollas para atar las caballerías un poco «al sol»; a veces un emparrado se enzarza a las barandas de la solana del patio, que es toda la vida, toda la alegría de estas casas de Ardoncino, tan ásperas, tan hurañas, tan hostiles para todo cuanto es exterior.

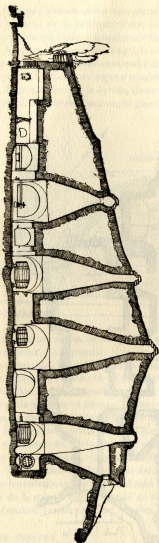
Las cuevas

El subsuelo de toda la zona en que está emplazado Ardoncino constituye una profunda capa impermeable de arcilla muy compacta, homogénea y consistente,



Planta de una bodega en Ardoscino.

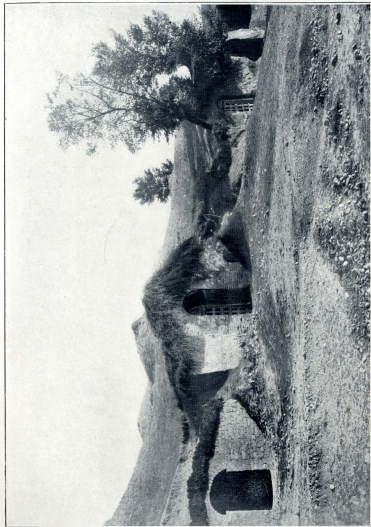
Sección de una bodega.



que alcanza con frecuencia espesores de treinta, cuarenta y aun más metros. Forma esta capa la base geológica de los alcoves que circundan la aldea, y se utiliza por los habitantes de ella para perforar sus bodegas, verdaderas minas, aun cuando someras, tanto como lo permite la consistencia del terreno, de dimensiones considerables. Son estas bodegas o cuevas de barro uno de los máximos valores pintorescos de esta aldea y de otras muchas aldeas castellanas, que también los poseen y construyen. Son pintorescas, no sólo por la traza de su conjunto, que constituye una reproducción fidelísima, lo que no quiere decir que yo la suponga derivada, de los hipogeos egipcios, sino también por los detalles, arbitrarios casi de continuo, que caracterizan la línea de sus bóvedas y arcos interiores, siempre practicados en la tierra desnuda. Trazas ilógicas consagradas por el empirismo y la tradición, pero en oposición evidente y violenta con todas las leyes de la mecánica y lógica constructivas.

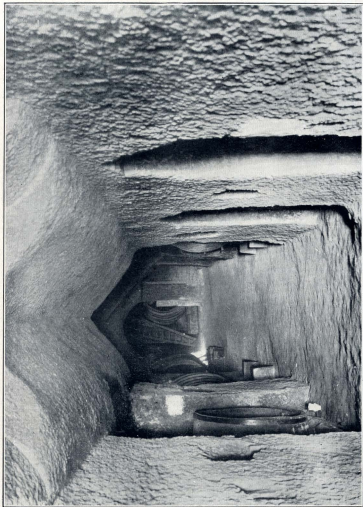
Córtase a pico, en el talud mediodía de un alcor, un frente a plomo; después de bien alisado y peinado el corte, trázase en él la forma directriz de la perforación, que suele ser la de un arco de medio punto, de un metro o dos de diámetro, y comienza a labrarse la bodega. Al metro o metro cincuenta de profundidad, a uno y otro lado de la cueva, se practican dos socavones o nichos que sirven para sentarse y catar los vinos, para posar las jarras de él y los típicos barriles de paja, en tanto se evacuan otros menesteres, para dejar las llaves de la cueva y la merienda mientras la labor se realiza en el interior. Unos metros más adelante no ha de faltar un pozo, profundo hasta donde sea menester, para conseguir agua, necesaria siempre en una cueva: han

de limpiarse las cubas, quizás se desee beber un vaso de ella, y, en último término, puede convenir aclarar el producto elaborado. Que es a veces peligroso venderlo



ARDÓN, — CUEVAS.

Fot. G. Fernández Balbuena.



ARDOSCINO. — INTERIOR DE UNA CUEVA.

Fot. G. Fernández Balbuena.

con todo su valor y su máxima eficacia. De seis en seis metros, de ocho en ocho, de más en más a veces, según lo pida y consienta el terreno, se hacen ensanchamientos en la galería, son los lugares importantes de la cueva: en ellos van a estar las cubas de continuo recostadas sobre los recios «poinos» que las alejan de la humedad del suelo; ellos son los lugares predilectos de los competentes visitantes de las bodegas; en ellos van a realizarse las más de las operaciones de elaboración del vino. Estos ensanchamientos son los *ventanos* de paso cuando la galería se quiere profunda e importante; y entonces, a derecha e izquierda de ellos, se hacen dos grandes nichos para dos cubas, «ventanos» de término de cueva, en cuyo caso los nichos son tres para igual número de depósitos.

En la pared norte del «ventano término» se abre una ventanita «lucera»; consiguiese así en el interior un buen aire renovado, que es lo que pide el buen vino *si ha* de conservarse adecuadamente.

Los ventanos, al ejecutarse, se excavan simultáneamente del interior de la galería hacia arriba, y desde arriba, desde el interior, hacia abajo, por medio de un pozo, que se traza cónico, de menor a mayor, con su base máxima en la profundidad, en el suelo del «ventano», en el lugar de las cubas. El resto de las dependencias de la cueva se excavan según arte; así el «lagar», el «pilo», los espacios útiles para la «viga», etc.

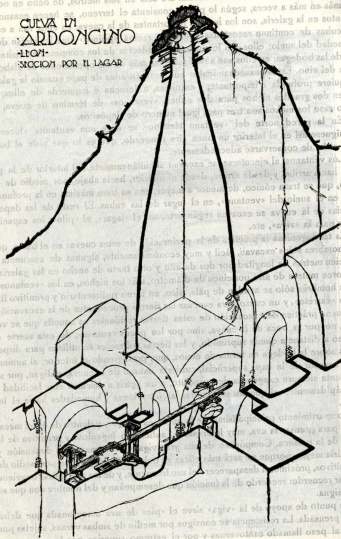
Es tan ingeniosa la práctica de la perforación de estas cuevas en el barro, que dos hombres solos excavan, fácil y muy económicamente, algunas de cincuenta y aun cien metros de longitud por dos de alto y otro tanto de ancho en las galerías, y catorce metros de alto por cinco de diámetro, más los nichos, en los «ventanos». Estos hombres sólo se ayudan de pala, pico, un torno rudimentario y primitivo llamado «carreto», y un cuero para evacuar las tierras procedentes de la excavación.

Buena práctica de evacuación de estas tierras residuales es aquella que se verifica, no por la boca de la cueva, sino por los pozos ventanos; de esta suerte el acarreo a distancia queda suprimido, y las tierras sobrantes se utilizan para disponerlas sobre la bodega en forma de conos, que, protegiendo el interior, al aumentar el espesor de la capa superficial, cubierta natural de la cueva, obligan, por su pendiente siempre exagerada de propósito, a las aguas a discurrir con facilidad y muy rápidamente; así quedan suprimidas las filtraciones y humedades hacia el interior.

Compartimiento principalísimo de la cueva es el *lagar*, y dentro de él, el mecanismo para prensar la uva, muy interesante, aplicación ingeniosa y primitiva de la teoría de la palanca. Compónese de una gran viga, cuanto mayor su dimensión y escuadria mejor, porque así será más eficaz su trabajo. Regúlase ésta por medio de dispositivos, próximos a desaparecer del uso frecuente, y de los que quizás conviene guardar recuerdo: recuerdo de la función que desempeñan y del nombre con que se les designa.

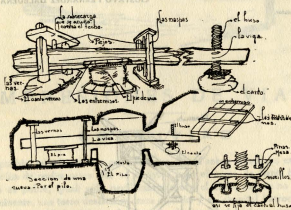
De punto de apoyo de la «viga» sirve el «pie» de uva amontonada que debe de ser prensada. La resistencia se consigue por medio de ambas vernas, sujetas por su pie al peso llamado cantovernas y por el extremo superior por la *sobrecarga*, que se acuña contra el techo de la cueva con «pinas». Para impedir que la prensada

CUEVA DE ARDONCINO -1107- SECCION POR EL LAGAR



de la uva sea rápida en exceso, cosa perjudicial y no económica, se colocan las «naspas», bien acuñadas por medio de los «pejos» y guía necesaria de ella en previsión de sus desviaciones laterales, efecto de la carga acumulada en el extremo. Obtiénese ésta con el canto, enorme pedrusco enganchado a la viga con un «huso», que lo eleva del suelo paulatinamente, a medida que va siendo precisa la operación, aumentando su eficacia. Se une el canto al huso con un tablón cuadrado y grueso, *mesa*, que se fija con los *morillos*, cortados en uno de sus extremos en cola de pato. El mosto producto de la pisa cae al «pilo»; de aquí se lleva a las cubas para su fermentación y operaciones subsiguientes.

Las más típicas portadas de las cuevas de barro acusan la forma interior de sus



bóvedas, dibujándola de una manera graciosa y expresiva, con adobes generalmente, cuando mucho con fábrica de ladrillo ordinario y mortero de cal dejada al descubierto y llagueada sin esmero. A veces alterna esta fábrica, en los paramentos verticales de fachada, con la de canto rodado tomado con mortero de cal y retundido minuciosamente.

Al lado de la portada, muy frecuentemente, un negrilla que procura sombra, restando la violencia al sol en el verano. Sobre los arcos de entrada de las cuevas, para preservar fábricas y portadas del agua de lluvia, se disponen tejarescos contruidos con juncos unas veces, con cuerno de paja otras, y otras también con ramas de zarzamoras.

Los arcos de entrada se construyen sin cimbra propiamente dicha, haciendo sus oficios un mimbre fuerte, grueso, templado, que se dome bien.

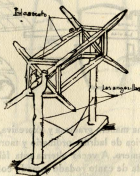
Estímase la mayor o menor importancia de las cuevas por el número de los ventanos. Construidas unas al lado de las otras, obtiéndose agrupaciones numerosas de aquéllos, que prestan al paisaje un aspecto pintoresco y extraño sumamente característico de la región.

Una copla baturra (y perdonad la cita pedestre y vulgar, pero yo no puedo en ningún momento prescindir de mi condición moral aldeana, y por esto acudo a mis clásicos), una copla baturra dice que no es posible comparar un charco con una fuente, que cuando sale el Sol se seca el charco, pero la fuente permanece.

Así, y ojalá sea pronto y de prisa, se secará el charco que hicimos los arquitectos contemporáneos con toda la arquitectura monumental civil y religiosa que, para mal de todos, venimos elaborando, y permanecerá eternamente el chorrito de agua clara, Jordán diminuto y purificador, que es o significa la arquitectura rural de nuestros pueblos aldeanos, arquitectura que se hace poco a poco y un poco cada día.

GUSTAVO FERNÁNDEZ BALBUENA.

Dibujos del autor.



El gigete.